

Guerra civil y/o Genocidio: reflexiones sobre la conceptualización de la lucha de clases en los meses previos al golpe de Estado de 1976

Petrone, Iván Nahuel (UBA)

ivanpetrone@gmail.com

Scirica, Sebastián (UBA)

asebass89@gmail.com

Resumen

Este trabajo aborda algunos debates en torno al proceso histórico que derivó en el golpe de estado genocida de marzo de 1976. Nos proponemos hacer un aporte a la discusión acerca de la conceptualización del conflicto entre clases en los meses previos a la dictadura. Para ello dialogamos con los trabajos que sostienen la existencia de una guerra civil que dio paso a un genocidio y, a partir del análisis de los hechos y conflictos, proponemos la caracterización de todo el proceso como un genocidio basándonos en que el objetivo de la política de aniquilación era transformar las relaciones sociales existentes para imponer un proyecto económico y no solamente la destrucción aleccionadora de quienes conformaban la fuerza social revolucionaria.

Introducción

Existe un amplio consenso, tanto en ámbitos académicos como en la opinión pública, acerca del carácter genocida de la dictadura militar iniciada en 1976. Sin embargo surgen discrepancias respecto al período previo a la concreción del golpe militar. Juan Carlos Marín fue uno de los primeros en articular la idea de una situación de guerra civil¹ entre fuerzas revolucionarias y

¹ Distinguimos guerra civil de guerra a secas por el sentido otorgado por sus enunciadores. Mientras guerra civil (o guerra revolucionaria) es utilizado por académicos y organizaciones de izquierda, guerra (o guerra antisubversiva, guerra sucia, etc.) es el término escogido por los perpetradores y sectores afines. Esta distinción no es un capricho semántico, sino que cada uno conlleva consecuencias teóricas y prácticas específicas. Ver, Feierstein, D. (2012): Memorias y representaciones. Sobre la elaboración del genocidio. Buenos Aires: FCE.

contrarrevolucionarias². Partiendo del análisis de los estadios de la lucha de clases, establece que las tres fuerzas sociales en pugna (la del régimen, la del gobierno y la de las organizaciones revolucionarias) pasan a un momento de confrontación político-militar en el que se impone la lógica de la guerra. Esta línea, compartida por muchos intelectuales, coincide en que la radicalización de las luchas motivó una respuesta defensiva por parte del régimen, que inició una política contrarrevolucionaria de aniquilación. El estudio de Marín posee el gran mérito de ofrecer una cuantificación minuciosa, hecha pocos años después de los hechos, de los enfrentamientos que presenciaron las organizaciones armadas y las fuerzas represivas entre 1973 y 1976. Un aporte fundamental de su trabajo es desarticular la teoría de los dos demonios ya que no se registra el llamado 'terrorismo de izquierda' sino que las acciones que realizan las organizaciones armadas son claramente dirigidas contra miembros de la burguesía o contra su aparato represivo. Para marzo de 1976 las organizaciones armadas ya estaban derrotadas y de allí en adelante lo que se produce es un genocidio. Sin embargo no encontramos una sistematización clara de los conceptos de guerra y de genocidio con lo cual quedan disueltas las diferencias entre un concepto y otro, es decir no se distinguen tácticas, lógicas, artefactos utilizados y políticas que diferencian a uno y otro.

En el siguiente apartado caracterizaremos los conflictos y las acciones llevadas a cabo en el período con el fin de entender cómo se ajusta el modelo explicativo de la guerra civil.

La aniquilación

Un eje fundamental para entender el período es la política de represión y exterminio llevada a cabo desde el Estado y las organizaciones parapoliciales que actuaron en cooperación. Los primeros antecedentes se pueden rastrear en el accionar de la CNU, culpable del homicidio de Silvia Filler en Mar del Plata, y organizaciones de similares características que recurrieron al secuestro³, la intimidación y el asesinato de militantes de izquierda. El salto a nivel operativo se da con la conformación de la AAA. Creada desde el Ministerio de Bienestar Social de López

² Marín, J. C. (1984). *Los hechos armados un ejercicio posible* (Vol. 43). Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales.

³ Estos secuestros guardan similitudes con la práctica de la desaparición forzada de personas. Eran secuestros que duraban horas o pocos días y durante los cuales los allegados no tenían ningún tipo de información acerca de qué había sucedido con las víctimas.

Rega, contó con el apoyo de numerosos funcionarios estatales y sus ataques, con claras señales mafiosas, gozaron de una notoria impunidad. Esta organización parapolicial realizó numerosos atentados contra aquellos calificados como subversivos. La publicación de sus listas de enemigos, infiltrados y traidores en medios de comunicación fue una práctica de terror para los sectores de izquierda.

En este primer momento las organizaciones parapoliciales cuentan con el apoyo clandestino del Estado pero todavía no se puede hablar de una política de aniquilamiento al carecer de sistematicidad.

Recién en febrero de 1975 se puede hablar de una política de exterminio, aún aplicada a pequeña escala dado que remitía sólo a la provincia de Tucumán. El decreto 261/75 autorizaba al ejército a realizar “todas las operaciones militares que sean necesarias a efectos de neutralizar o aniquilar el accionar de elementos subversivos que actúan en la provincia de Tucumán”⁴. Sin explicitarlo, esto incluía secuestros, torturas, homicidios y desapariciones. Con la excusa de combatir un grupo de guerrilleros, no superior a unos cientos, establecidos en el monte llegaron a la provincia miles de militares que actuaron con complicidad civil y apoyo táctico de fuerzas parapoliciales. Desde el inicio del Operativo hasta el fin de la dictadura se montaron 38 centros clandestinos de detención, poblados en su mayoría por miembros de la clase obrera. Tucumán presenta la proporción más alta de muertos y desaparecidos antes de la dictadura, 37,6%, muy por encima de la media nacional. Lo mismo ocurre con la proporción de desapariciones frente a la de muertos, previa a la dictadura: 73,6% frente al 39,9% nacional. En el 40% de los casos de la base de datos confeccionada por el Programa de Conflicto Social del Instituto Gino Germani los secuestradores actuaron vestidos sólo con ropa de civil⁵. El uniforme era típico de actividades destinadas a buscar el apoyo de la población civil, como la refacción de escuelas, apoyo brindado por amplios sectores de la sociedad tucumana (políticos, sindicalistas, empresarios, etc.). Las características de la represión indican que a pesar de contar con sustento legal para luchar contra la subversión se recurrió a un accionar clandestino que evitaba actuar abiertamente. No se focalizaron en confrontar con la guerrilla sino en desarmar la red de relaciones sociales de solidaridad en las que se apoyaba la guerrilla. Buscaron sacarle el agua al pez atacando a la población civil que pudiera

⁴ Artese, M. y G. Roffinelli *Guerra y genocidio en Tucumán. 1975-1983* en Izaguirre, Inés (comp.) (2009) *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina, 1973.1983: Antecedentes, desarrollo, complicidades*. Buenos Aires:Eudeba, pp. 318

⁵ Artese, M. y G. Roffinelli (2009): Op.cit. pp.330

servirles de apoyo. De esta manera, la experiencia del Operativo Independencia sirvió de laboratorio de prueba para las prácticas genocidas sobre una población, con el objetivo de extenderlas al resto de Argentina. Los decretos 2770/71/72 lo permitieron en octubre de 1975, legalizando y generalizando lo que ya se venía dando en los hechos. La política de aniquilamiento es llevada adelante por el Estado y a pesar de no contar con la masividad desplegada luego del golpe militar ya se puede hablar de sistematicidad. Durante 1975 es frecuente la coordinación entre fuerzas armadas, policía y fuerzas parapoliciales operando en la semiclandestinidad.

El Operativo Serpiente Roja del Paraná es una muestra de la cooperación de todo el brazo armado del régimen. Con el fin de derrotar al movimiento obrero organizado de Villa Constitución, en huelga, se movilizaron desde Buenos Aires y otras ciudades centenares de autos. Luego de dos meses de intensa resistencia la huelga fue levantada y el sindicalismo clasista sufrió un duro revés donde un año antes había obtenido una victoria histórica. En este enfrentamiento se hizo una zona liberada con la ciudad entera para que la represión ilegal se manejara a gusto y hasta se estableció un centro clandestino de detención en una fábrica, mostrando los aceitados vínculos entre el empresariado y las fuerzas represivas.

El Operativo Independencia y el Operativo Serpiente Roja del Paraná fueron los ensayos de la modalidad específica de represión que se estaba gestando. Los procedimientos de exterminio, con detenciones ilegales, torturas y desaparición de personas, se generalizaron a partir de estas experiencias. Si bien se encuentran ejemplos de estas prácticas mucho tiempo antes, la magnitud de las mismas fue inédita en los dos ejemplos mencionados.

Jornadas de junio y julio de 1975

Uno de los grandes hitos de la conflictividad entre clases en 1975 son las jornadas de junio y julio. Demostraron la incapacidad de contener la acción de las bases por parte de la burguesía, el Estado y la burocracia sindical. La clase obrera había logrado enfrentar a la burocracia sindical y poner en jaque al gobierno pero no logró (ni tampoco se propuso) derrocarlo, dándole tiempo a la burguesía de rearmarse organizativa y militarmente.

En ningún momento hay que perder de vista que fue un proceso de movilización histórico por dos razones: por ser el primer paro general a un gobierno peronista y porque las bases presionaron y

arrastraron a la conducción burocrática. Se la caracteriza como a una huelga general con movilización de masas⁶ y es uno de los puntos álgidos en la organización independiente de la clase obrera. Resulta llamativo cómo ocho meses después de semejante episodio se instaura una dictadura militar en un clima de complicidades y descomposición. Para esto es necesario analizar los límites de las Coordinadoras y las características del proceso.

La orientación política hegemónica en las bases del movimiento obrero era la impulsada por la JTP y Montoneros. Estas organizaciones padecían de una orientación reformista que no llegaba a oponerse al gobierno y al capital sino que pretendía lograr mejoras progresivas dentro del capitalismo. En la práctica esta situación tuvo una fuerte incidencia en el devenir de las Coordinadoras ya que no se planteó en ningún momento el tránsito a la conquista del poder para la realización de un proyecto revolucionario.

Según Löbbe, podemos identificar la incapacidad de aplicar el ajuste por parte del gobierno y la incapacidad de la izquierda de formar un organismo de doble poder con vistas a la conquista del poder político.

Analizando el programa de acción de las coordinadoras interfabriles que protagonizaron aquellas jornadas históricas se vislumbran sus limitaciones. Las reivindicaciones planteadas eran dentro del marco del gobierno de la burguesía nacional y los reclamos, en su mayoría, eran de carácter económico corporativo. Las reivindicaciones políticas sólo apuntaban a la salida de Rodrigo y López Rega del gobierno, objetivos logrados a los pocos días y que no redundaron en una mayor organización.

Por lo tanto, entendemos que las jornadas marcan el punto más alto de organización en el que la clase obrera actuó con independencia de clase, excediendo al Estado y a la burocracia sindical que buscaban la desmovilización y la canalización de los reclamos por las vías institucionales. Pero no se logra plantear ni establecer una alternativa que ponga en cuestión el poder burgués. No se puede caracterizar a las coordinadoras interfabriles como una instancia de doble poder, sino, a lo sumo, como un embrión de aquello.

6 Cotarelo, M. C., & Fernández, F. (1998). Huelga general con movilización de masas. Argentina junio y julio de 1975. PIMSA DT, (13)

Conflicto de clases

Descomposición de la fuerza social del gobierno

Desde 1969 se puede hablar de la existencia de tres fuerzas sociales en lucha. La fuerza social del régimen fue la que se terminó de imponer con el golpe de 1976. Para ello, buscó cohesionar y unificar las filas de la burguesía y atraer fracciones de otras clases, disgregando a la fuerza social del gobierno. Por otro lado, implementó una política de exterminio hacia la fuerza social revolucionaria.

Nos proponemos ahora abordar como fue el devenir de la burguesía a partir del fracaso del plan económico propuesto por el ministerio de economía a mediados del '75.

La renuncia de Celestino Rodrigo y la salida de López Rega del país marcan el fracaso de esta política de shock y ajuste contra la clase obrera. Algunos autores consideran que este revés para la burguesía fue por la imposibilidad de concretar este plan económico (con su consecuente represión) en un marco constitucional. Sin embargo, esto supondría que una constitución por sí misma define las tácticas y estrategias de los sujetos sociales, cuando se observa que la dinámica particular de la lucha de clases es la que establece las posibilidades de la acción política. El eje debe ser puesto en el enfrentamiento de fuerzas sociales. Retomando a Juan Carlos Marín, desde 1969 se encontraban en pugna tres fuerzas sociales. La fuerza social revolucionaria resultó victoriosa en las jornadas de junio y julio de 1975, logrando vencer al programa de los capitales más concentrados, ante la mirada de la confundida alianza defensiva.

El conjunto de la burguesía asistió al espectáculo de importantes fracciones de la clase obrera organizándose y enfrentándose a la burocracia sindical y al gobierno. El peligro era claro y había serias dudas de que se pudiera contener una escalada combativa semejante. La presidente, Martínez de Perón, había quedado en una frágil situación y se apoyó en la CGT, intentando refloatar el pacto social. También intentó acercarse a las FF.AA., otorgándoles mayores poderes para combatir la subversión y que se integraran de hecho al gobierno, pero no tuvo éxito. Frente a este panorama, la fuerza social contrarrevolucionaria cobró nuevos bríos, fruto de alianzas con nuevas capas y fracciones de la burguesía más concentrada, y se dispuso a derrotar en el plano militar a la clase obrera para lograr una salida a la crisis de acumulación.

En un intento de resolver dicha crisis el 22 de julio asumió Pedro Bonanni como Ministro de Economía. Este aprobó algunos aumentos salariales y propuso una tregua de precios y salarios. La CGT se comprometió pero la CGE se opuso, endureciendo sus posiciones por la crisis económica y la situación política. Sin apoyos para implementar su plan, Bonanni renunció a los 21 días de asumir. El llamado a la concertación mostró su debilidad. Cafiero lo sucedió en la cartera del Ministerio, cargo que ocupó hasta febrero de 1976. Dictando una tregua social, sin huelgas ni despidos, intentó la reactivación económica y el freno gradual de la inflación⁷. A pesar de las duras protestas empresarias, Antonio Cafiero permaneció como ministro durante casi 6 meses gracias al apoyo de la burocracia sindical, principal respaldo político del gobierno y a una política dosificada de devaluaciones e inflación que servían para contener a la burguesía.

La oposición a Bonanni y Cafiero por parte de las corporaciones burguesas muestran el cambio en los posicionamientos. Cada vez más sectores eran renuentes a la negociación y no aceptaban al Estado como árbitro válido. La fuerza social contrarrevolucionaria impuso su estrategia confrontativa. Por un lado, unificaron y sumaron grupos para sus protestas, cuyo fin era desgastar al gobierno de Martínez de Perón. Por otro lado, recrudesció la represión sobre los activistas combativos.

Las declaraciones de las corporaciones burguesas ganaron en animosidad pasado el Rodrigazo. Insistían en caracterizar a la situación como una profunda crisis económica, política, social y hasta moral, con reiteradas referencias a una oportunidad perdida debido a las políticas desarrolladas desde 1973. También denunciaban el problema de la subversión, que no sólo incluía a las organizaciones armadas sino también a la “guerrilla fabril”, la vanguardia obrera. Además, criticaban al gobierno y su incapacidad para salir de la crisis y hacían sugerentes llamados al “restablecimiento del orden”. Estas declaraciones y solicitudes minaban la adhesión a la alianza reformista.

Es en la burguesía industrial donde se puede observar con mayor facilidad la tensión entre la fuerza social del reformismo y la de la contrarrevolución. La CGE recibió serios cuestionamientos desde sus bases por haber formado parte de la coalición del gobierno y no

⁷ Fiszbein, M., & Rougier, M. (2006). La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976.

plantearle un programa combativo. El período de agosto del '75 a marzo del '76 es marcado por el desmembramiento de la CGE, cuyas fracciones pasaron principalmente a APEGE (Asamblea Permanente de Entidades Gremiales Empresarias).

En la descomposición de la CGE puede leerse la descomposición del proyecto reformista de conciliación. La creación de APEGE, caracterizado como el partido del orden⁸ en términos marxistas, es uno de los hitos en la organización de la burguesía en esos años. Conformada en agosto del '75, agrupaba a las principales entidades empresariales (SRA, la CRA, la UCA (Unión Comercial Argentina), la CAC (Cámara Argentina de Comercio), la Cámara de la Construcción e industriales descontentos aún pertenecientes a la CGE). Para septiembre contaba con la representación de casi todo el sector agropecuario y comercial y su crecimiento fue sostenido durante todo el período. La APEGE mantuvo un programa golpista de acción directa en el tiempo hasta la realización del golpe. Baudino y Sanz Cerbino indican que el programa tenía cuatro ejes: restablecer el orden, eliminando la subversión; eliminar de las fábricas los instrumentos organizativos y legales con que la clase obrera impedía un aumento de la explotación; recortar el déficit fiscal y frenar los aumentos en los impuestos; y liberar los precios y el comercio exterior. De esta manera, puede caracterizarse a APEGE como al Partido del Orden, el cual expresa los intereses fundamentales de la clase dominante en los momentos decisivos de la lucha de clases.

A la hora de la acción directa, la ofensiva la tomó la burguesía agraria. A comienzos del último cuatrimestre del año, las entidades más hostiles eran CRA y CARBAP junto a FAA quienes convocaron, a fines de agosto, a un paro comercial ganadero de 11 días, concretado entre el 19 y el 29 de septiembre. Su posición fue de tal intransigencia que se negaron a asistir a las convocatorias de diálogo del gobierno. El acatamiento fue casi total. Contó con la adhesión de cámaras comerciales de distintas localidades y el apoyo de diputados de la UCR y otras fuerzas políticas. El día del inicio se realizó una asamblea en Santa Rosa, La Pampa, donde las bases mostraron su fuerte apoyo a la medida.

El 21 de octubre FAA y CRA decretaron un nuevo paro comercial ganadero para el 24 de octubre, al que también se sumó SRA. Otra vez adhirieron varias cámaras de comercio y se

⁸Baudino, V., & Sanz Cerbino, G. (2011). Las corporaciones agrarias e industriales frente al golpe del '76. *Documentos de Jóvenes Investigadores*, (30).

realizaron numerosas manifestaciones de productores. La UCR reconoció la legitimidad del reclamo en el Congreso y diputados de otras fuerzas coincidieron. El paro duró 18 días: provocó desabastecimiento e importantes aumentos en los precios de la carne, lo que agudizó el contexto inflacionario. De ahí en adelante las amenazas de nuevos lock out fueron frecuentes y la inminencia del golpe de estado era tema recurrente en todos los ámbitos.

Los acercamientos entre la burguesía contrarrevolucionaria y los militares aumentaron notoriamente en estos meses, mediante reuniones y declaraciones, y el llamado al orden en ese contexto tenía connotaciones claramente golpistas. Desde febrero, con el Operativo Independencia en Tucumán, las FF.AA habían cobrado mayor importancia como actor político. Esta importancia se incrementó por la necesidad de reprimir el activismo obrero (segundo Villazo, jornadas de junio-julio) y por las debilidades propias del gobierno. El Operativo Independencia y el Operativo Serpiente Roja del Paraná fueron los ensayos de la modalidad específica de represión que se estaba gestando. En estos operativos confluían fuerzas represivas estatales con fuerzas paraestatales, como la AAA. El Decreto 2772 de octubre de 1975, previamente mencionado, dictaba que las Fuerzas Armadas “procederán a ejecutar las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país”. Este decreto legalizaba en toda Argentina las prácticas genocidas que ya se realizaban de hecho. Fortalecidas, las fuerzas castrenses adhirieron a la estrategia de desgaste a la Presidente. El 18 de diciembre la Fuerza Aérea llevó a cabo un intento de golpe de Estado, fallido por la falta de apoyo de las otras fracciones del ejército. Aún consideraban que no era el momento y continuaron en la tarea de sumar fuerzas y desarmar política y militarmente a los enemigos.

Lucha y fragmentación de la clase obrera

Los meses que trascurrieron entre Junio-Julio del 1975 y el mes de marzo de 1976, dan cuenta de una situación de importantes movilizaciones llevadas adelante por la clase obrera y por parte de sectores estratégicos. Aunque las políticas represivas, las falencias ideológicas junto al desgaste de la lucha tuvieron como resultado la imposición del golpe.

¿Quiénes eran y de dónde provenían los obreros que habían protagonizado las jornadas de junio y julio del 75? H. Löbbe destaca que los sectores que se habían organizado en las coordinadoras

interfabriles provenían del sector más dinámico y avanzado del capitalismo argentino del período⁹. Además se señala que aquellos obreros eran los mejores pagos del país y con mejores condiciones laborales conquistadas. Estos tenían, un alto nivel de saberes técnicos por lo que no eran fácilmente sustituibles. Las ramas que los empleaban eran: las de fabricación de maquinarias y equipos, fabricación de productos metálicos, fabricación de sustancias químicas, derivados del petróleo y del carbón, de caucho y de plásticos. Este sector nucleaba al 70% de los obreros nucleados en las coordinadoras del norte del Gran Buenos Aires, El restante 30% provenía del sector textil y productos alimentarios.

Los sectores de la clase obrera que protagonizaron este período cuestionaban la tradicional subordinación del trabajo al capital, esta impugnación provenía de las principales zonas fabriles de nuestro país. Primero se la intentó derrotar a partir de ajustes sistemáticos, pero la organización de la clase obrera impuso el fracaso de esta línea de acción, en el marco de una democracia burguesa y la burguesía se decidió por profundizar un plan genocida que ya estaba en accionando. La clase obrera, sin embargo, siguió luchando pero no pudo superar los obstáculos de la fragmentación organizativa impuestos por la represión y las tendencias reformistas que actuaban en su ceno.

Desde las bases se presentaban resistencia y disposición a enfrentar este nuevo ciclo que se proponía aplicar de modo gradual el ajuste que no pudo imponer Rodrigo. En el Estado se presenciaba un clima de fuerte disgregación política y, ni el Gobierno nacional ni la CGT, terminaban de encontrar una respuesta a la crítica coyuntura. A su vez, desde las coordinadoras se mantenía el estado de movilización y lucha, con tomas de fábricas y asambleas y reclamando por pleno empleo, mientras que las burocracias sindicales se mantuvieron desmovilizados pero acentuando su accionar represivo en contra de la militancia opositora.

Por otra parte el accionar de la AAA no se detenía y semana a semana se cobraba su cuota de asesinatos a dirigentes obreros y de izquierda. En este contexto se presentaba una compleja disyuntiva para las organizaciones de izquierda: si retiraban a los referentes de las fábricas para preservar su seguridad los planes empresarios triunfaban dado que se quitaría a los obreros más

⁹ Löbbe, H. (2006). La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976). *Buenos Aires: Razón y Revolución*.

combativos y reconocidos del contacto con las bases, lo cual significaba entrar en el aislamiento ya que objetivamente se alejaban de las bases. Pero si los dejaban en sus espacios de base corrían peligro de muerte.

Ante esta complejidad las coordinadoras se replegaron en las zonas donde tenían mayor activismo, ya que la ofensiva patronal contaba con apoyo estatal, paraestatal y de la burocracia sindical y las organizaciones de izquierda no lograban mantener centralizada la lucha para contrarrestar esta política a escala nacional. Mientras que los grupos revolucionarios optaron el pasaje a la clandestinidad de sus referentes¹⁰.

Pero aunque en octubre el gobierno lanza un decreto que imponía una “tregua sindical” por la cual se suspendería por 180 días tomar medias de acción directa. Sin embargo, cotejando la información de nuestra fuente primaria, podemos ver el incremento del conflicto durante el mes en todo el país, teniendo como principal reivindicación la reincorporación de los delegados despedidos y el repudio a las suspensiones. En los establecimientos más grandes se registran además, luchas en contra de la inflación que trepaba a las 3 cifras lo cual licuaba los aumentos conseguidos meses atrás y por el cese de ataques a los organismo de las bases llevados adelante por la AAA, por el aparato legal del estado y la burocracia sindical. A pesar de esto hacia finales de octubre la clase obrera no terminaba de retroceder, aunque se empezaba a vislumbrar el desgaste.

Este proceso fue leído por la burguesía y el gobierno y a partir de ello construyó una política sistemática de ensayo del golpe: construir la identidad de un otro negativo a destruir, caracterizado como el guerrillero o terrorista fabril. Esta campaña, que sostenía la formación de “soviets” en las fábricas del conurbano y en otros centros industriales del país creció en los últimos meses del 75 incrementando la demonización de los militantes de izquierda y de los delegados combativos.

¹⁰ Werner, R., & Aguirre, F. (2014). Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda. *Conflicto Social*, 7(11).

A principios de diciembre la crisis económica se profundizaba, las medidas tomadas por el ministro Cafiero -sucesor de Rodrigo-, para desacelerar la inflación mordían el polvo: comparada la inflación anual de noviembre del 74 al 75, el número trepaba al 310%.

En las vísperas del golpe de estado, la magnitud de las protestas y de organización de la clase obrera seguía vigente y hacia finales de diciembre aun se mantenía encendida. La movilización obrera se presentaba en oleadas: se presentaban conflictos en donde obtenía triunfos parciales, de inmediato se entraba en reflujos, luego la inflación carcomía las conquistas y otro sector salía a la lucha, todo esto atravesado por el incremento de la represión estatal y paraestatal. Este circuito, propio de una etapa defensiva, demuestra las limitaciones organizativas de la clase para golpear de conjunto es también una expresión de las limitaciones de la vanguardia, que no lograba recomponer el poder de las coordinadoras interfabriles. Y este ritmo de lucha imponía un nivel de desgaste y cansancio a los militantes que impedía procesar la experiencia que ellos mismos habían gestado.

En febrero renuncia el ministro Cafiero y asume la cartera de economía Mondelli. Este proponía dejar de lado las políticas gradualistas de su predecesor y aplicar un plan a mediano plazo consistente en un aumento salarial que no llegaba a cubrir ni la mitad de los aumentos registrados del costo de vida, liberación de precios de los servicios públicos de un 80%, congelamiento de empleos públicos y además se pedía un crédito al FMI. Estas medidas solo podían repercutir de un modo negativo en los asalariados con lo cual se esperaba un recrudecimiento de la lucha.

Las cúpulas de la CGT se despegaba del gobierno ante el miedo a perder sus prebendas luego de golpe que se lo veía venir en cualquier momento, las 62 organizaciones decidieron seguir apoyando al gobierno ya que sostenían que si caía el gobierno caían todos.

A este cuadro debe sumarse la acción del sector de los antiverticalistas, liderados por Calabro, que se alineaban al gompismo, este sector sorprendió a un sector de la militancia de izquierda cuando convocó a plenarios con frases combativas a plenarios de delegados, pero en el fondo era una táctica para contener a las bases y no se vuelquen directamente hacia la izquierda. Durante febrero, podemos destacar un hecho de las coordinadoras que se trató del intento de hacer en Córdoba una coordinadora nacional, a la cual asistieron más de 300 delegados de todo el país,

pero no se pudo realizar por el fuerte operativo represivo, aunque esto nos demuestra las potencialidades que aun existían para seguir en lucha.

El 5 de marzo se difundió el plan Mondelli que no tardó en tener respuesta en todo el país, 3 días mas tarde se registran paros activados en el SMATA que su secretario general salió a condena ya que se trataba de seccionales “rebeldes”, algunas seccionales de las CGT desconocieron los lineamientos oficiales y convocaron al paro, la misma situación ocurría en la UOM. EL 12 de marzo contingentes de colectivos y camiones provenientes de la zona oeste y norte se dirigían hacia la capital pero estos fueron detenidos por un operativo policial ante la hipótesis que pueda terminar en una insurrección.

Inclusive en los 10 días previos al golpe se registró una intensa actividad huelguística en todo el país a lo que los poderes del Estado no pudieron contener, más que con amenazas sobre el golpe de estado provocado por el descontrol social. Desde las coordinadoras se planteaba que si se poblaban las movilizaciones con miles de trabajadores esto impediría el golpe, lo cual hacía incrementar y redoblar su actividad. Sin embargo, con una gran cantidad de militantes detenidos y desaparecidos, otro tanto en la clandestinidad, el clima huelguístico de aquellos días fue aprovechado por la gran burguesía para enunciar la guerrilla fabril y la subversión y la escalada represiva no se detuvo sino que se impuso por medio del golpe de estado genocida de la última dictadura.

Las prácticas sociales genocidas como modelo explicativo

A partir de lo desarrollado, encontramos ciertas falencias a la hora de conceptualizar como guerra civil al período previo al golpe de Estado. Por un lado, las jornadas de junio-julio dan cuenta del grado de organización de la clase obrera. Esta experiencia fue la más avanzada en tanto paralizó los principales focos industriales del país. Si bien las organizaciones armadas tenían un alto poder operativo, resaltamos por sobre estas a las jornadas por su masividad y por ser de alcance nacional, sobre todo después del 27 de junio. Sin embargo, esta lucha no alcanzó a convertirse en una instancia de poder dual por limitaciones de la conducción y errores de las vanguardias. En el punto cúlmine del movimiento obrero argentino de esos años la dominación burguesa fue desafiada, con éxito transitorio, pero no puesta en jaque. Una vez conseguidos los objetivos,

comenzó la disgregación y la fragmentación, con la cuál colaboraron activamente la represión y las maniobras de la burocracia sindical. No se conformó un ejército popular a partir de esta experiencia. Tampoco los choques callejeros fueron el rasgo distintivo del hecho¹¹.

Por otro lado, del trabajo de Marín se pueden extraer tres dimensiones a partir de las cuales se puede hablar de guerra civil. Una de ellas es la suspensión del monopolio legítimo de la violencia física. Las organizaciones armadas no lo lograron y a lo largo de 1975 cada vez estuvieron más lejos. La política de exterminio contó con numerosos apoyos y complicidades en la sociedad civil. Esto debe entenderse a partir de la consolidación de la hegemonía del bloque del régimen. Vastos sectores de la sociedad avalaron la aniquilación de la subversión, significara lo que significase¹². Cabe agregar que tenían una fuerte organización con gran capacidad de acción pero de carácter episódico. Podían tomar un cuartel pero no mantenerlo más allá de un corto tiempo. Su principal capital político era la inserción en las filas de la clase obrera.

Otra dimensión es el control territorial por un tiempo prolongado. Aquí la experiencia de la guerrilla se limitó a una porción del monte tucumano durante dos meses. Sin ningún ánimo de menospreciar, esta ocupación resulta marginal a la hora de pensar el territorio argentino. No era una zona que amenazara importantes zonas económicas (el cierre de los ingenios había hecho mella en la economía tucumana), ni que se ubicara a kilómetros de algún centro importante de poder nacional (Tucumán era una ciudad importante pero estaba muy lejos de la magnitud de Buenos Aires, Córdoba o Rosario).

Por último, hay que mencionar la cuestión del mando unificado de las fuerzas en disputa. Montoneros y el ERP tuvieron acercamientos pero jamás lograron constituir una dirección conjunta. Se considera que había unidad de hecho pero esto era de carácter táctico y para determinadas acciones, no había unidad global.

Ahora intentaremos de desarrollar la causalidad de los hechos desde la lectura de genocidios. Este concepto lo tomaremos de Daniel Feierstein (2007), ya que avanzando sobre la definición

¹¹ Cotarelo, M. C., & Fernández, F. (1998). Huelga general con movilización de masas. Argentina junio y julio de 1975. PIMSA DT, (13). Pp. 139

¹²Bonavena, P., Morelli, G., Nievas, F., Paiva, R., Pascual, M., & Maañón, M. (1998). *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en la Argentina: 1966-1976*. EUDEBA.

jurídica de ejecución de un plan masivo y sistemático con la intención de destrucción parcial o total de un grupo humano como tal, propone una concepción de carácter sociológica en donde el genocidio se caracteriza como una “práctica social”. Este autor delimita tipos de genocidios y señala que en el siglo XX son los genocidios reorganizadores los que tienen mayor protagonismo y el laboratorio de estos fue el nazismo. El objetivo que los caracteriza es la perspectiva de reorganizar las relaciones sociales de una sociedad preexistente, a diferencia otros tipos los genocidios como los coloniales que tienen como objetivo someter una región a la condición de colonia (por ejemplo la conquista de América), genocidios fundantes, que tienen como objetivo la fundación de una nación y que todas los estados-nación del capitalismo tuvieron uno, por ejemplo la campaña del desierto. También existen los genocidios étnicos como el perpetrado contra los armenios.

La práctica social genocida es aquella “tecnología de poder cuyo objetivo radica en la destrucción de las relaciones sociales de autonomía y de cooperación y de la identidad de una sociedad, por medio del aniquilamiento de una fracción relevante (sea por los números o por los efectos de sus prácticas) de dicha sociedad y del uso del terror, producto del aniquilamiento para el establecimiento de nuevas relaciones sociales y modelos identitarios”¹³. De esta manera el objetivo de un genocidio no culmina, sino que se inicia con la muerte. Como hemos señalado el creciente hostigamiento y persecución (legal e ilegal) a militantes de izquierda, la formación de las patotas de la triple A, la construcción de redes de centros clandestinos diseminados en todo el país, tal como demuestran los testimonios de las víctimas sobrevivientes de la experiencia concentracionaria, ya era un hecho consumado en los años previos al golpe. En este sentido, el objetivo de reorganizar la sociedad implica derrotar a la fuerza social combatiente como tal, pero sólo como una instancia previa a conquistar el corazón y la mente del conjunto de la población a partir de una política basada en el en terror, para establecer nuevas relaciones sociales que expresen la nueva alianza de la burguesía en el poder. Tal como ocurre con la producción de mercancías en el capitalismo, la extracción de plusvalía tiene sentido únicamente si se puede concretar en la circulación de las mismas, de lo contrario sobreviene una crisis de sobreproducción. Haciendo un paralelismo, con los genocidios,

¹³ Feierstein, D. (2007). El genocidio como práctica social. *Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Editorial Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Pp. 83

Feierstein señala que el momento del exterminio tiene sentido únicamente en vistas a la realización simbólica del mismo. La realización simbólica genocida es el quiebre de las relaciones de solidaridad y cooperación para perpetrar otras relaciones basadas en el individualismo y la fragmentación de la clase obrera lo cual permite imponer un ajuste brutal en la relación de capital-trabajo en favor del capital. Sin embargo, desde el retorno de Perón en el año 73 se veía venir una escalada represiva que tendía a la “solución genocida” más adelante aplicada por el sector dominante de la burguesía. Las clases dominantes intentaron imponer este brutal ajuste desde el marco de la democracia burguesa y fracasaron en su intento, chocando con la resistencia de la clase obrera en las fábricas en las calles, lo cual deriva en la convicción -por parte de la gran burguesía-, de avanzar con el plan genocida que ya se estaba gestando desde el retorno de Perón como fundamental impulsor de esta forma de la lucha de clases. El debate que en este apartado abordamos no está ni de cerca agotado, pero nos parece preciso hacer hincapié en algunas cuestiones, antes mencionadas. Si analizamos con detenimiento la cantidad de combatientes, la preparación para el combate, los medios que se disponían y las formas de utilizarlos, no cabe duda que una de las fuerzas estaba con una superioridad armamentística y técnica abismal sobre la otra. El Estado con toda su capacidad había preparado una red con lógicas concentracionarias, dígame los centros clandestinos de detención y exterminio, y toda una fuerza de choque con la totalidad de las fuerzas represivas a su disposición.

Nos parece conveniente detenernos en las formas y la tecnología en que las fuerzas represivas del estado se 'enfrentaban' a los dirigentes de la clase obrera. Si observamos las detenciones de los compañeros detenidos desaparecidos antes y durante el golpe de estado, nos encontramos con un denominador común, la mayoría de las detenciones fueron a sangre fría: patotas ingresando en la casa de los compañeros a los ojos de los vecinos, luego el traslado a campos de concentración y la aplicación sistemáticas de torturas para obtener información y luego su posterior desaparición o reaparición. De enfrentamientos típicos de una guerra civil no parece tener mucho este modus operandi sino más bien se parecen a la manera de accionar de las patotas nazis. Por ello es que nos parece más adecuado el término genocidio para denominar los sucesos.

Conclusiones

Este trabajo se propuso hacer una contribución al debate de un tema presente hasta nuestros días y que aún es terreno de disputa con efectos en el presente. A partir del análisis que realizamos concluimos que el concepto más adecuado para abordar el fenómeno es el de genocidio entendido como práctica social, debido a su capacidad para captar las especificidades del proceso histórico. Genocidio, concepto teórico que en tiempos de Marín no se encontraba tan desarrollado como hoy en día, permite articular la dimensión del aniquilamiento de los cuerpos con la de la imposición de un nuevo orden¹⁴. El exterminio no fue la reacción de la burguesía a la radicalización política de los años '60 y '70, fue el primer paso en el intento de reconfigurar las relaciones sociales basadas en la solidaridad de clase en el marco de un plan de alcance continental. No se intentaba volver a una situación previa mediante el uso de la violencia para contener la amenaza revolucionaria, sino que buscaban crear una situación nueva a partir de un plan sistemático para resolver la crisis de acumulación que se manifestaba abiertamente desde la década de 1960.

El aporte de Juan Carlos Marín resulta clave por la cantidad de datos recolectados, por su agudo análisis y por haber desarmado analíticamente la idea de una izquierda terrorista. A partir de esto último nos preguntamos cómo fue que las organizaciones de izquierda hayan sido caracterizadas como terroristas cuando sólo una de todas sus acciones puede ser interpretada como acto terrorista, es decir que puede afectar a cualquier miembro de la sociedad, y todo el resto de acciones apuntó siempre a miembros de la burguesía o de las fuerzas de seguridad. Por el contrario, las fuerzas del régimen dirigieron un genocidio contra el conjunto del grupo nacional y no fueron calificadas de ese modo. Probablemente el concepto de hegemonía pueda resultar útil pero aún se podría profundizar en las particularidades del caso y los procedimientos más eficaces en la conformación de esa hegemonía. Una de las preguntas derivadas de esta cuestión es en qué momento se encuentra el quiebre entre las organizaciones armadas y el resto de la sociedad, momento en el que la violencia de izquierda es percibida como dirigida contra el conjunto de la sociedad. Hay un claro contraste entre los resultados de la encuesta de Opinómetro, de marzo y octubre de 1971, que marcaban que gran parte de la población de las principales ciudades del país justificaba la violencia guerrillera, y la condena generalizada tras el fracaso de Monte Chingolo.

¹⁴Feierstein, D. (2012). *Memorias y representaciones: Sobre la elaboración del genocidio*. Fondo de Cultura Económica.

Podemos afirmar que, por un lado, la burguesía unió filas y se preparó intelectual y materialmente para perpetrar un genocidio, expresado en su total dimensión a partir del golpe militar pero que se estaba realizando desde el año anterior. Por otro lado, la fuerza social revolucionaria tenía niveles de organización que no alcanzaban a constituirse en bando de lucha de guerra. En todo caso existía el anhelo de prepararse para una guerra civil pero no lo logró.

Sin embargo, tal como ocurre con la explotación capitalista, la realización simbólica de un genocidio se topa con resistencias. Las luchas de los organismos de DD.HH y las masivas movilizaciones que más tarde se realizaron frenaron parcialmente la imposición del plan genocida en el plano jurídico, pero no el económico y social. Fueron la punta de lanza para que en la década de los 80 se pueda llevar adelante el juicio a las juntas, y que en la actualidad se continúe con los juicios a los genocidas. No cabe duda que la democracia que tenemos hoy en día es posgenocida y que el exterminio dejó secuelas irreparables para las generaciones que siguieron.

Bibliografía

- Baudino, V., & Sanz Cerbino, G. (2011). Las corporaciones agrarias e industriales frente al golpe del '76. *Documentos de Jóvenes Investigadores*, (30).
- Bonavena, P., Morelli, G., Nievas, F., Paiva, R., Pascual, M., & Maañón, M. (1998). *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en la Argentina: 1966-1976*. EUDEBA.
- Cotarelo, M. C., & Fernández, F. (1998). Huelga general con movilización de masas. Argentina junio y julio de 1975. *PIMSA DT*, (13).
- Feierstein, D. (2007). El genocidio como práctica social. *Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Editorial Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Feierstein, D. (2012). *Memorias y representaciones: Sobre la elaboración del genocidio*. Fondo de Cultura Económica.
- Fiszbein, M., & Rougier, M. (2006). La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976.
- Izaguirre, I., Bonavena, P., Nievas, F., Santella, A., Artese, M., Roffinelli, G., Danieletto, M., Brudny, F., Maneiro, M., Bertotti, M. C., Guitelman, P., Pèriès, G., Del Frade, C., (2009). *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en Argentina 1973-1983: antecedentes, desarrollo, complicidades*. Buenos Aires: Eudeba
- Löbbe, H. (2006). La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976). *Buenos Aires: Razón y Revolución*.
- Marín, J. C. (1984). *Los hechos armados un ejercicio posible* (Vol. 43). Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales.
- Werner, R., & Aguirre, F. (2014). Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda. *Conflicto Social*, 7(11).